

Aurora,

Almos entusiasmo, menos
 ter una y menos fé encuentro
 en su segunda carta. Sin
 duda la turbación de
 su alma es natural. Pero
 en V. fuerte de voluntad
 y de inteligencia, esas
 inquietudes ante la
 mirada de una seme-
 janza a las sonrisas de los
 cancheros es incompre-
 sible.

Mas puesto que V. lo di-
 pone, ante su voluntad
 me inclino. No lo veré. No
 importa. Lo único que im-
 porta es que yo sepa que
 V. me ama y que piensa
 en mí. El amor hace mi-
 lagros. Entre los dioses de-
 terados o destrozados,
 entre todos los dioses de

Toda, las religiones, El,
 unico, continúa dueño
 del mundo. Ante él, mis-
 ticamente, me arrodillo
 y oro invocando el nom-
 bre de V. Si El me protege,
 nada de la vida y nada
~~de~~^{en} la vida puede fur-
 tar mi bienaventuranza.

Pero el tono de su carta
 me entristece. Me hable V.
 con una sonrisa que no
 cuada con un alma en-
 morada. Me hable V. de mis
 setatos; me hable V. de
 mi papel... Solo de su
 corazón no me hable V.,
 Aurora, porque esos escrí-
 pulos, esos temores, esas
 timideces nada tienen
 que ver con el corazón
 de V. ardiente e inge-
 nuo - tan ingenuo, tan
 ardiente como el que
 yo le entrego a V. lleno

de fe' y de esperanza.

No; nada me dice V. de sus pensamientos secretos; nada de sus sueños y sus ensueños. nada de sus íntimas ilusiones, nada de lo que tan dulce me sería saber. Pare mi como para los demás, cierra V. su jardín secreto con una tapia en donde florecen como margaritas, esas sonrisas entrelazadas de gravedades y de raciocinios.

Sin duda alguna, si reflexionamos, el porvenir de nuestro amor no es enviable. Ofrecer a V. que compare con mi go una existencia hazarosa, expuesta a todas las tormentas e insegura cual la de

un jugador, sería una locura. Pare V. hay un futuro lleno de esplendor y serenidad. - V. puede y debe esperar todo. ¿Yo? ... Si, yo soy ambicioso como el que ^{muere} y creo en un tiempo definitivo de mi vida. Pero antes, Dios sabe por cuantas tormentas habré de pasar!

Si tuviéramos dieciocho años, yo le diría que podía venir a la iglesia o a la calle, ver un a pasar y sonreír. A nuestra edad, eso sería ridículo. Lo único digno, es o que yo le visite a V. o que V. me visite a mi. Pero no tengo ya esperanza de que V. se decidiera a subir mis cinco pisos, puesto que no creo los escrupulos.

En fin, cree V. que termino este carta más triste que ayer, con menos fe' que nunca. Y cree que todo mi vida, de cuando en cuando le admiraré como nadie nunca le admiró.
Tu Enrique